

A imagen y semejanza (2006)

“En éste período potencio y utilizo la escritura automática como medio de conocimiento y comprensión del mundo sensible. Dejando que la escritura sea por sí misma, como fuente de revelación liberada del racionalismo, el libro *A imagen y semejanza* (2006) es en gran medida fruto de la voluntad de disolver el cartesianismo. La intención es retirar definitivamente la justificación que conserva el método cartesiano, capaz de justificar a un individuo emancipado de sus emociones con una objetividad irresponsable. Planteando un conocimiento de la realidad sensible con una reunión de sujeto y objeto observado, *A imagen y semejanza* (2006) es por lo tanto debido a un claro deseo de alcanzar nuevos espacios de comprensión imprevisibles, de libertad renovada, personal y profesionalmente.

Huyendo de una realidad política y social carente de verdad, el texto busca un espacio de expresión libre, alejado totalmente del racionalismo, puramente intuitivo, pero capaz de llevarme a un conocimiento válido y coherente de la realidad. El resultado es más cercano a propuestas orientales, o al realismo mágico de Suramérica. Las dos culturas, con fuerte influencia sobre mi, aún hoy utilizan de manera natural el misterio, la magia y el silencio para la construcción de sus presentes.

En su conjunto, con *A imagen y semejanza* (2006) acierto a prever la nada pero finalmente comprendo hoy que la evito. Aún bajo influencia de lecturas místicas, busco equivocadamente llenar la nulidad con una pretendida consciencia creadora que persiste como presencia última. A pesar de todo, esta perspectiva metafísica finalmente me permite neutralizar y descomponer el cartesianismo, además de actualizar la carga oriental del eros platónico”.

del ensayo A imagen y semejanza (2006).

26 de julio de 2004

1

No alcanzo a revisar esa pregunta con suficiente claridad. Hay un compás que se repite ancestralmente. Generaciones enteras continuaron divagando en la duda. El Paraíso se detuvo en la conciencia, sintiendo esa desnudez. Empezó ese primogénito a dar nombre a las cosas y hoy continúo yo dudando, heredero de ese instante. En la expulsión persisto delirando y desterrado. Ese es el germen, mi herencia, ¡mi huida cada noche que insisto en dar nombre al misterio!

La expulsión es el primer instante de existencialismo. Con ese principio, en lo más profundo, en lo más recogido, continúo en la escritura reubicándome, repensándome, reinterpretándome. Permanezco en la comprensión del amor con palabras

sobre el amor. Y palabras y más palabras se embarazan y soportan mi impermanencia en lo real. Afortunadamente en un sendero próximo a la consecución última de la belleza. Pues eres tú belleza, criatura, quien me rescatas a menudo de la más absoluta nada.

Reconozco que cierta violencia de la emotividad, que en una pasión sin cauce desgarrando la razón naufraga la palabra, en la poesía, y da una última descripción del sinsentido en el lenguaje. Justo cuando construye, para la representación, en la escena del desengaño, la palabra muestra su espejismo. Somos bellos levantando sortilegios, sí. ¡Patéticos luchando por ello!

¡Ah!, no puedo creerte palabra. Puesto que no es posible consumarte real. Veo espejismos, aproximaciones, encauzado en la expulsión. Las palabras se ofrecen a mí para darme explicaciones, pero con esa porosidad de las penumbras, de membranas que sujetan las miradas entre luces y tinieblas. Dudo, no tienen nada cierto y persisten mostrando su belleza. Quizá es la maestría, el virtuosismo, un don para morir tempranamente, consumando sortilegios, que devoro, que mastico, sin saciar ese apetito de diablo intermitente.

Dudar, cruzar la grieta que se abre entre mi desconocimiento, y mi conciencia. ¿Y la sabiduría? Quizá es generar el silencio suficiente para amar de nuevo, para la reconciliación, con *en el uno en el todo*.

Y a pesar de tantas dudas, hoy me concedo un placer insustituible. Irremediabilmente, mientras creo con la duda, desconozco y escribo. Precioso cortejo, con la luz atardecida del cielo.

¡Ah, divagaciones sobre el arte! ¿Cómo pensarte y hablar de ti? Tú eres quién me arrebataste tantos días, tanta vida, para unirte a todo. ¡Jamás podré olvidarlo!

Creo a menudo que mi camino se hará amplio, extenso, y para siempre. Y dejará de apuntarme un recorrido ya descrito. Puesto que han sido tantas las veces que he dudado. Y tantas son las noches que he deseado apartarme de lo bello. ¿Amar es la llegada al horizonte, o empezar en el horizonte a perder el camino?

Preguntas, más preguntas, que debiera recoger y lanzar a esos perros salvajes que perviven en mi cráneo. Para que sean devoradas, masticadas, desmembradas y esparcidas, con inmensa furia de misterio. Y de ese modo ser de una vez sustraído de la belleza, para siempre. Y por la claridad trastocado hasta ese amor que tanto recuerdo, cuando aún era todo inocencia inexplicable. A pesar de todo, ¿cómo puedo esperar de la vida otro camino a la expulsión? Y a pesar de todo siento belleza, placer. Y vuelvo, siempre vuelvo a la palabra.

Hoy, mientras persevero en la palabra, me ofende su imperdurabilidad. Reconozco su inercia extraña, que me empuja, a circular sin recorrido, en un interminable debate sobre el amor. Y quedo en silencio, olvidando lo posible.

Escribir, sobre el amor, es una confirmación del desencuentro. La máxima expresión de la distancia es la poesía sobre el amor irresuelto, sobre el amor que vino y se ausentó. Después provocaré mi delirio, el regreso de mi arte. Pero ahora puedo concretar, que cuando se trata de llevar la escritura hasta Dios, de aproximarla a su estado más elemental y sublime. Cuando se trata pues de hallar el misterio en la palabra. Es finalmente la poesía del silencio, el delirio, una proeza ilimitada. ¡Sí! Por lo tanto no hay más que comprender.

Pero se trata tan sólo de ser afortunado vendedor, de un espejismo, por todos compartido. Pues soy penumbra, intermitencia, malabarismo del lenguaje. Y aunque participar en la realidad es un espejismo inacabado, debo vivir, vivir y recrearme en la mentira colectiva, explicando una proeza, cualquiera, próxima al misterio aquí, que sin alejarme demasiado maraville mis recuerdos y nostalgia.

El sueño que vendrá es el sinsentido que encierra el lenguaje. El lenguaje es sinsentido. Ninguna utopía tiene sentido más

allá del lenguaje utópico. El mensaje siempre quedará oculto. Pero es aproximarse suficiente, precioso, tierna sacudida de los vientos caprichosos.

Justo con la tensión, entre el mensaje y la concepción del mismo, alcanzamos la intensidad suficiente para llevar nuestra fragilidad hasta el deseo de trascendencia. Y con la susceptibilidad del lenguaje a nosotros, nos consentimos verdaderos, reales. Es espeluznante. Irreversible. ¡Precioso!

La metafísica del lenguaje se desvanece, en cada reconocimiento de su sinsentido. La visión del sinsentido nos desintegra, del ensueño. El mensaje sigue lejos. Con el lenguaje tan sólo nos comprendemos, delimitamos una porción, la ensalzamos hasta la misma deformidad, y sobrevivimos, adorándola con devoción. Pero no es suficiente, jamás, siempre habrá incompreensión.

Sortilegios y más sortilegios. Devoramos cada pedazo de metafísica que podamos reconocer, y no es suficiente. El nihilismo parece inevitable. Y entonces yo descubro la importancia del amor.

Eros. Sin amor no es posible superar el límite del lenguaje, del yo más aquí. No trasciende nada con el deseo, la voluntad incapacita. No hay estética posible que perdure, sin una ética acorde a la misma. Finalmente, con el amor, la belleza muestra su compleja y última sofisticada condición: el tránsito. Sólo de ese modo una cultura sobrevive embriagada de sí misma.

Cualquier pensamiento debe estar impregnado de ética para trascender. Toda belleza es comprensión del amor. Pero el tránsito es la experiencia del amor, la expresión de la experiencia del amor.

Hoy padezco, incrédulo a mi contexto. Huérfano, desheredado, expulsado de mi cultura, mi espejismo se disuelve, y la expulsión es irreversible. No alcanzo a creerme mi cultura.

Sin verdad, sin ética, sin belleza, puesto que soy prisionero, escribo y sobrevivo en la expulsión, con palabras sobre el amor, mientras lloro, por no alcanzar a dar al mundo mi belleza. ¿Acaso quién presume de crear en éste mundo nuestro, puede excluirse y renunciar al amor, a la ética? Nosotros, que hemos vencido por la fuerza, hemos perdido.

Por precaución, debo ubicarme en un espacio limítrofe y ajustado, entre la comprensión y el recuerdo a la experiencia del amor. Se puede describir como un tránsito la concupiscencia de ese ir y venir, del amor hacia el lenguaje, de esa sorprendente invocación de lo irreconocible. De lo incomprensible, de la presencia del misterio y del regreso a la belleza, a la explicación. Comprendo ese proceso y a menudo me pregunto, mientras trabajo, ¿por qué esa permanente duda?